

No se sabe leer

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo IV

("Mercurio" New Orleans, E. U. de América, mayo 1918).



NO es, sin duda, una noción vulgar pero ya, según creo, bastante difundida la de que en la lengua castellana hay dos capas, por así decirlo, de latín; una, el aporte primitivo, el de las voces latinas que fueron poco á poco cambiando al pasar de boca en oído y de oído en boca y que produjeron el primer caudal léxico de nuestro romance, y otra el de aquellas otras voces que después de formado ya el romance castellano, y siendo éste adulto y distinto del latín su madre, tomaron los letrados, más ó menos eruditos, de los escritos latinos, y así, a ojo, que no a oído, los trasladaron, leyéndolos, a nuestra lengua.

Unos ejemplos lo aclararán. Las voces latinas **delicatum, strictus, peculiare, multitudinem** (en acusativo) dieron las voces romanceadas **delgado, estrecho, pegujar y muchedumbre** y esas mismas voces, introducidas más tarde de los libros, se hicieron nuestras voces literarias o cultas, **delicado, estricto, peculiar y multitud**.

Cabe, pues, decir que hay por lo menos dos capas de latín—y a las veces tres—en castellano. La voz latina **signum** habría dado en vulgar y normal castellano **seño**, y la encontramos en **seña** y **enseñar**, como el **deño** que habría dado **dignum** lo hallamos en **des-deñar** (de **ex-dignare**, creerle a uno indigno), y esa misma voz **signum** se transformó más tarde en **sino**, el signo de estrellas bajo que uno nace y que determina su hado, como **indignum** dió el vulgar **indino**; y por último tenemos las voces puramente cultas o pedantescas **signo** y **digno**, que son latín indigesto.

Latín indigesto, digo, y quiero decir no digerido. Pues son, en efecto, voces traídas al castellano escrito de los escritos latinos, sin haber antes pasado por la evolución viva del habla. El **hechor** de bienhechor y realhechor es tan latín como el latín **factor** y como **hacedor**. Y de la misma manera la voz **sobrehaz** es tan genuinamente latina como **superficie**. Lo que hay es que las voces populares, las de la más antigua y más castiza capa, son voces latinas digeridas, asimiladas al organismo del romance castellano, acomodadas a su fonética propia, y las otras son voces indigestas, no digeridas aun. Y una lengua, como un individuo, puede llegar a





padecer de artritismo cuando no se asimila bien lo que se traga. Esos grupos de consonantes ct, pt, nsp, bst, etc., que vemos en voces como **actitud**, **aptitud**, **transportar**, **obstáculo**, etc., son opuestas a la genuina fonética castellana que pide se diga **atitud**, **trasportar**, **ostáculo**, etc. El italiano es más lógico en su ortografía que no el castellano.

Pero ha habido siempre gentes, que picándose de cultas y sabiendo algo de latín, de ordinario muy poco, han creído que escribían mejor y más puro castellano cuanto más parecido al latín escrito lo escribieron. Y aquí cabe decir que poco latín aparta de la lengua vulgar y mucho vuelve a él, o mejor que si el mero latín aparta de ella el conocimiento de la evolución porque surgió el castellano del latín nos vuelve a la lengua vulgar.

Y, hasta a los que parecen desatinos de éstas. El que estudie esa evolución verá que voces populares como **presona** por persona o **semos** por somos, tienen mucha más razón de ser y más íntima que cualquier neologismo pedantesco que invente un erudito o un escritor. El pueblo toma las voces donde las encuentra y al oír que los introductores aquí del

tranvía eléctrico le llamaban **trolley** a la vara que une al coche con el alambre de que recibe la energía eléctrica le llamaron **trole**; y vino luego un ingeniero pedante y que se las echaba de lingüista y salió con que debía llamarse nada menos que "captador de ruleta" (!!!) sin reparar en que ruleta, del francés **roulette**, en castellano **rodillo**, es tan poco castizo como **trole**.

Traigo todo esto a cuento de que desde hace algún tiempo parece han dado algunos jóvenes literatos españoles e hispano-americanos en la flor de remozar y renovar nuestra lengua de una manera torcida por pedantesca, no tomando sus voces y giros del perenne manadero del pueblo, que es la fuente viva, sino de librotos de antaño y tampoco de los mejores; no de los buenos escritores del XVI y principios del XVII, que eran pueblo, si no de los pedantes de ya muy entrado el XVII, de los que infestaron el castellano de latinismos, que es tan

10

14





malo como infestarlos de galicismos, de italianismos o de anglicanismos.

Parece está volviendo sobre el cultivo literario de nuestra lengua una afectación erudita y de falso academicismo. Se quiere ir a buscar remozamiento o nueva vida para nuestra lengua literaria no al pueblo, sino a antiguos escritores más o menos clásicos y se acude de preferencia a los más enrevesados, a los más culteranos, a los menos populares.

Claro está que cabe otra afectación y es la del lingüista o filólogo que busca de preferencia el elemento más popular, más romanceado, desechando sistemáticamente el caudal que aunque de origen culto ha entrado ya en la corriente central del idioma. Y hasta puede ocurrir que la voz romanceada, la digerida, sea menos corriente y vulgar que la otra. Así, v. gr. el latín *rapidum* da como derivación popular normal *raudo* y, sin embargo, esta voz apenas se emplea ya si no en poesía, siendo mucho más corriente el cultismo *rápido*.

Esta segunda pedantería, la de origen filológico, la conozco muy bien, y de experiencia propia, pues que la he padecido yo. Durante mucho tiempo—y de ello me quedan aún resabios—he estado sustituyendo sistemáticamente, y siempre que podía hacerlo sin alterar o estropear el sentido, las voces de origen literario y menos digeridas por otras de origen vulgar y más digeridas. Y sobre esta pauta no escribía *multitud*, sustituyéndola siempre por *muchedumbre*, ni *superficie*, sino *sobrehaz* y así por el estilo. Y de esto conservo aun el preferir las formas más hechas, como *soterraño*, que así se dice por campos y lugares de Castilla, a *subterráneo*. Este criterio filológico popular o romancista es el que presidió al trabajo que hice de la prosa en que escribí mi “Vida de Don Quijote y Sancho.”

Pero me percaté muy luego que tal criterio, si lo sistematizaba en extremo, me llevaría a otra afectación no menos afectada que la de los cultilatiniparlantes redivivos y los del casticismo espurio seicentista o sea de siglo XVII. Y opté por abandonarme, dejándome de requilorios y rebuscas y dictarme lo que escribía. Y tendí a escribir lengua hablada; la que yo hablo por supuesto. Pues, como he dicho cien veces, prefiero un libro que hable como un hombre a un hombre que hable como un libro. Y quiero sentir vibraciones de voz humana bajo las líneas, tan simétricas y ordenadas, de un impreso.

En el proceso de canonización de Santa Teresa de Jesús para apoyar la piadosa especie de que solía escribir bajo el dictado de un ángel, denunciaron algunas de las compañeras de la Santa Reformadora que la habían visto escribir con una rapidez extraordinaria. Y este dato debe recogerse, y ver en él un indicio de que, en efecto, la Santa escribía lengua hablada, lengua viva, castellano vulgar y palpitante de la Avila del siglo XVI. Y el estilo de Santa Teresa sí que es todo un hombre, o si se quiere todo una mujer. No faltan literatos, sin embargo, como le pasaba a Don Manuel Tamayo y Baus, que no pueden resistir ese lenguaje vivo, hablado, palpitante, nada gramatical, en el sentido que da a esta





16

palabra un dómine cualquiera estropeado por el Epítome de la Real Academia Española y por esos hórridos libracos de análisis gramatical y lógico para uso de pedagogos, ese lenguaje lleno de ana-colufos o cabos sueltos, de frases que no cierran, de concordancias discordantes, de construcciones según sentido y no según letra, y además de asonancias y de aliteraciones. Pero esa es una lengua que mantiene despierto al que sabe leerla, es decir al que viéndola escrita, la oye, y en cambio esa otra prosa frotada, cepillada, pulida y aceitada da sueño. Por lo menos a mí. Por lo cual cada vez que me ponderan un escritor como buen escritor, como artista de la forma, presumo que me ha de aburrir.

Y este, a mi juicio erróneo criterio estético que aprecia el valor artístico, es decir expresivo de un lenguaje y un estilo por esas normas preceptivas externas y convencionales, y en todo caso más lógicas que estéticas, ese criterio es el que condena como escritores desaliñados o incorrectos a los más vivos, a los más palpitantes, a los mejores escritores. Siendo la íntima razón de esto el que entre nosotros apenas si se sabe leer, ni prosa ni verso. Hasta los que más hablan de armonía y de ritmo leen con los ojos y no con el oído. Más de una vez he hecho la experiencia con personas que me dijeron de un escrito que lo encontraban o enrevesado y poco inteligible o bien áspero y pedregoso, de lérselo yo en voz alta y al acabar mi lectura declararme ellos (*) ingenuamente o que lo habían entendido muy bien o que no les sonaba ya tan desabridamente al oído. A lo que yo concluía: "es que no sabe usted leer, señor mío."

Y escritor conozco a quien se le echa en cara que no cuida de su prosa, escribiéndola al buen tuntun, al correr de la pluma y en mangas de camisa, y cuida, sin embargo, de ella tanto como el que más. Sólo que la cuida de otro modo y por otros procedimientos y buscando otros efectos.

La condición suprema de un buen escritor es la expresividad, porque el lenguaje no es sino expresión. Y el que sacrifica esta expresión a preceptos, en su mayor parte convencionales, no escribe bien. Y esas convenciones son terribles y absurdas en el verso—que en castellano sufre bajo una preceptiva disparatada y en que se quiere hacer pasar por natural lo que no lo es, y donde se ha fraguado un oído preceptivo ridículo, y se inventan dificultades para vencerlas—pero no son menos absurdas en la prosa.

Y de esto más circunstanciadamente y sobre casos concretos otra vez.

Salamanca, Marzo, 1913.

(*) Vcáse un caso que se me ha escapado. Ellos son las personas, y sin embargo, no lo corrijo y pongo ellas. Así se habla y así se debe hablar.

